

# Dilema entre libertad económica y libertad política

MAURA BRESCIA

Abogado, sociólogo, cientista político, periodista, y escritor, el argentino Mariano Grondona (55) intervino en el Simposio "América en el pensar de sus hombres", organiza-

do por la Universidad Católica. Subsecretario del Interior en el gobierno de José María Guido, 1962-63, y de reconocida posición de derecha, se confiesa más liberal ahora, que hace diez años, cuando era conservador.

El director de *Visión* y autor de *Los pensadores de la libertad*, entre muchos otros libros, afirma que aprendió mucho del marxismo, que enseña en la cátedra "Historia de las Ideas Políticas" en la universidad Nacional de Buenos Aires. Porque al analizar a Marx, y luego a Adam Smith, se da cuenta que, cuando se trata de seres humanos, no existe ni Dios ni el Anticristo.

—¿Cuál es la relación entre la libertad económica y la libertad política?

—Creo que existe una libertad, las demás categorías son artificiales. Me preocupa cierta incapacidad que tenemos los latinoamericanos para darle al ser humano todas las libertades. Siempre se da algo, pero nunca toda. Hay países donde se da libertad económica, en otros política. Pero en ninguno se ha conseguido hasta ahora, realmente, que el ser humano sea libre. Creo que los jóvenes liberales deberían luchar por la libertad económica, y al mismo tiempo, por la conquista de los derechos humanos. Y no ha sido así.

—¿Por qué?, ¿cuáles han sido las trabas que se oponen a ello?

—La principal es que en un

país civilizado nadie deja de ser liberal en lo político. No se discute siquiera. Lo único que se discute es hasta dónde debe haber libertad económica. Esto depende de la forma en que han venido las libertades en el mundo desarrollado. La primera fue la libertad de conciencia, ésta es la más importante de todas, la libertad de expresión, luego la libertad política, y finalmente, se discute hasta dónde debe haber libertades económicas. Yo critiqué que en tiempos del régimen militar, a los liberales argentinos les importó más la flotación del dólar, que la flotación de los cadáveres en el Río de la Plata. No debe ser así. Aunque haya una persona a la que se prive su conciencia, de alguna manera, se vulnera la libertad de todos.

—¿Se entiende, por esto, que el esquema de libertad económica está limitando el experimento de una plena libertad política?

—Sí. La explicación reside en que tenemos un residuo autoritario muy poderoso en Hispanoamérica. Somos autoritarios e intolerantes. El paternalismo, el personalismo, nos convierte en estado de minoridad, sin capacidad de crecer.

—¿Cuál es su opinión de la

actual situación en Argentina?

—En estos momentos estamos invirtiendo una lógica de los últimos años. Argentina, por muchos años, buscaba un gobierno militar que tuviera un buen ministro de Economía. Ahora lo estamos haciendo a la inversa: tenemos la libertad política y una gran ineficiencia económica. Es un ensayo que miro con gran esperanza, porque estamos discutiendo todo y aprendiendo a votar.

—¿Estos resultados económicos no los atribuye a la deuda heredada del proceso militar?

—Esta vez los militares argentinos no pusieron orden. No entregaron un país ordenado, sino que desquiciado, y con una guerra perdida. Entonces, la alternativa militar se murió, y los políticos están aprendiendo a gobernar, sabiendo que no va a venir un coronel. No hay coronel a la vista, y eso es rarísimo en Argentina.

—¿Cómo interpretaría, al respecto, la situación chilena?

—No hay un punto de partida obligatorio para llegar a la democracia, pero hay que moverse. Imaginemos un régimen que políticamente no es democrático, pero es eficaz en lo económico. Su problema es político. Di-



Mariano Grondona.

ría que tanto Argentina como Chile son dos regímenes semi-liberales; es decir, tienen la mitad de la libertad. Quisiera para Argentina el modelo económico chileno, pero quisiera para Chile el modelo político argentino. El problema reside en cómo desarrollar la otra. Es difícil, pero perfectamente posible acceder a la transición.

—¿Qué compromisos deberían contraerse para acceder a esa transición?

—Los latinoamericanos debemos aprender a pactar. Esto exi-

ge de los políticos reconocer las realidades económicas. Y de los que critican a los políticos, reconocer su legitimidad política. Los que en Chile están con la política económica deberían reconocer que finalmente Chile va a tener que ser una democracia. Y del lado de los que pretenden conducirla, reconocer las bondades logradas en lo económico. El pacto implica transigencia.

—¿Han sido los regímenes militares manejados por el extremismo liberal?

—Me parece que en ambos casos hay un poco de extremismo. Lo que pasa con el militarismo es que se va deteriorando, y cuando se reitera contiene un mensaje: que la fuerza paga. Alguien lo recoge, y ahí está la semilla de la guerra civil. Ese es el peligro. La democracia no es un sistema de elecciones, es un debate libre.

—¿Qué etapa política se vive en Chile?

—Lo que más me preocupa en Chile es la división. Temo que Chile esté dividido, no se tolera que los demás no piensen igual. Cuando veo tanta pasión política pienso que es un problema de sectores que enarbolan banderas difíciles de conciliar.

—¿Entonces en Chile no se aprendió del proceso político?

—A lo mejor está aprendiendo. El problema aquí es de concordia y de aprender a convivir, aún disintiendo.